

el estallido de los carpinteros
y el lamento de las señoras robadas por sus criadas
y con un marchito amor todavía
en sus playas.

Ay, caballero de moradas alas,
si lo están llamando los cipreses!
Sí, a usted, a usted mismo, caballero!

EXPERIENCIAS

Mis experiencias no son otra cosa
que jardines insistentemente repetidos.
Lluvia de siempre de desiguales
hilos siempre iguales.

Las mismas travesías
por la flor de las cosas,
por superficies conocidas.

Cuando me trajo su sarta de peces
recién extraídos de las lagunas de la risa,
yo la sabía de memoria
y la amé con el desconsolado amor
con que los viudos amamos a las mujeres asesinadas.

En su pequeño vientre se borraba
la imagen de un exigente sueño.
¿Qué podía pedirle que en el agua y en la sal no estuviese,

y en el ojo, y en la frente de los siglos,
repetido como el agua y la sal en los siglos?

—¡No sabes amar! —me decía,
deshecha por el amor,
y una lluvia triste
estaba más allá de sus pupilas.

—¡Te traeré las catedrales ensangrentadas,
las torres de fuego, los bosques
de países que no han nacido todavía!

—¡No sabes amar!

Sus brazos se helaban en las diámelas del aire
y porque no se me fuera de las manos, nube,
yo arrancaba los horizontes, para envolverla.

Su desnudez me daba frío de lucero,
y no podía amarla
año desde vidas y estirpes, regresando.

Mis experiencias no son otra cosa
que jardines insistentemente repetidos
bajo la lluvia de friolentas manos infatigables,
insistentemente repetidas,
o mariposa ametrallada a medio día.

Macetas de begonias quieren niñas de seda
y da gusto ver a los pájaros de los helechos
sumergirse en el aire zurcido de llovizna
con un aire sorprendente de mírame y no me toques,
“que parte el corazón de los geranios”.

Borrachos de espirales en la piscina trastabillan
reyes magos los peces rojidorados
que espían con malicia
el juego de las señoritas,
sirenas libertadas, absolutamente huérfanas
en un mundo de flores y aromas,
traspasadas de centellas por las abejas de la risa,

Triste y marginal como una bombilla quemada,
presencio el espectáculo bajo las nubes
mientras un perro de cromo
lame beatífico el aire en que se anega el patio
perdido para siempre en un tiempo sin sentido.

1935.

NOCTURNO DE LA INÚTIL MADUREZ

A negros mares fiel,
a derrotas de navío sin rumbo,
a movibles metas de distancias fatigadas,
¿qué más, viajero, otra noche abierta

en el espanto de tus ojos?

Hacia estrellas desordenadas
parta el gemido flechero;
escale el ansia muros detrás de los incendios,
en veloces pies de fuga
transponga normas claras
quebradizo destino de cristal,
—todo lo anhelado—,
y queden, a la orilla, marchitas mujeres amadas y crisantemos
¡porque la onda en sus espaldas sólo puede
conducir un sueño!

Queden a la orilla,
en el solo instante eterno, el de tu vida,
el de tu espanto, el de tu gemido
el instante que pasa quemándote y no lo sabes,
aliento de un dios, como tú, impuro,
como tú, indeciso.

Piérdete en cada encuentro,
burla tus cadenas —libertador cautivo—,
escóndete en la pérdida desnudez del día,
alumbra rutas doncellas
con tu sombra encendida,
con tu silencio canta,
y antitético y contradictorio,
en tu egoísmo entrégate, prodígate en tu miseria,
y sé, no el que transita, transeúnte vago, sino el puro tránsito,
sangre que fluye sin fin.

Sangre de ti mismo derramada
 en tu vaso infatigable, mancillado;
 sangre sin fruto pérdida
 del torrente sagrado de la sangre,
 de tus antiguos padres consignada
 a los hijos que no dirán tu nombre;
 de primitivos sueños de la especie
 a tan futuras realidades destinado
 que en ti, detentador,
 mala partida, frústrase
 como río que en el desierto se insume,
 que ya no sentirá raíces de árboles
 acariciar su carne móvil
 ni raíces de nube desprendérsele.

Tú vas pasando.
 Tú vas pasando:
 taladras, con paso hendido, vórtices en la noche,
 atropellas torvas falanges de fantasmas,
 bates tu cieno, dibujas tu estrella,
 te detienes sombrío en el gozo de tu pan;
 alabas, pues no tienes otro, tu vino humilde;
 sobre tristes senos por cotidianas lujurias vejados,
 tu pecho reposas vencido,
 pálido refugiado de inciertos países de ternura,
 y vas pasando, sombra, sombra,
 de la nada inmortal a la nada eterna,
 ¡con una flor, niño mío, en la insegura mano!

¿Pero qué es, mi niño, tu tragedia, tu desespero,
 tu gota de agua, tu vivir oscuro,

tu ojo desnudo y tu grito
 en tu tiempo que se destroza,
 en tu mundo de sangre herida,
 de máquinas monstruosas y de quimeras habitado?
 ¿Qué tu sueño, frente al delirio de las madres
 de desgajados hijos?
 Qué tu angustia sin sentido y tu pequeña voz
 frente a la violencia y la cobardía
 —tu cobardía, tu cobardía, tu cobardía—,
 hombre de un universo empequeñecido,
 de injusticia y sangre, de agonía?
 ¡Ay si el caudal de tu poema no arrastra
 sórdido limo del dolor del mundo!

¡Tu pobre flor, mi niño,
 la flor de tu mano insegura, que cae
 sin contacto,
 en el negro río de la sangre!

1939.



Sábelo, indolente hermano:
de la eternidad del tiempo
y del tiempo que nos fuere dado,
sólo se salvan aquellos
días de oro en que hemos amado.



En paz o en guerra
labra tu miel, abeja.
En paz o en guerra,
rosa, da tu belleza.
Otros den odio y hiel
yo prefiero la rosa
y la miel.



Tu cuerpo que abracé en la noche pura
como un árbol de llamas en la noche,
está, transfigurado,
en el cuerpo, al ardor esquivo,
de todas las mujeres deseadas.

Como en todas las rosas te presumo,
rosa de amor primero.



Yo marchaba hacia el ocaso.
Partido por el camino
parecía en el silencio
el bosque sangrar. ¡Mentira
del crepúsculo, alma mía,
si eras tú la que sangraba,
si era yo el bosque encendido,
y el silencio nuestra voz!



Rama por el viento doblada,
dulcemente vas a morir:
mi corazón, rama doblada,
ay, cómo se opone a morir!

EL VIENTO LÓBREGO de hendidas garras
Temblando viene de comarcas misteriosas.
El viento lóbrego de ateridas flácidas carnes
De perro humillado y ululante,
Negro heraldo de agüeros funestos,
Viene de países horrendos en que el espanto medra.
De foscros febreros echado.

No le vemos los ojos de carbunco, de horror y de crimen,
No le vemos las fauces, en que espuman asordadas voces,
No le vemos los pies claudicantes,
No le vemos los pechos violentos;
Sentimos su fuerza ruda, el empujón con que pasa
Tumbándonos en lagos de asfalto de miedo:
Queremos franquearle el paso, y nos azota,
Y sus afiladas garras yelorosas
En la garganta epiléptico nos hinca,
Asesinándonos pavoridos estertores de sombra.

El gran viento luctuoso viene de las pampas del sueño,
De los eriales de la angustia,
De los desiertos desnudos como jóvenes sombríos
Al suicidio predispuestos, del dolor evadidos.

El viento en la noche amarga cruza,
Maquinista de locomotoras de pesadilla
Que en nuestro corazón se estrellan
Aparatosamente en mudas catástrofes sin tiempo ni testigos.

El viento cargado de dudas, huye,
Y en su desazón nos arrebatá.

El viento malvado con crímenes de siglos a la espalda
 Y anarquistas cóleras en el pecho se atorbellina
 Y hacia el vacío nos proyecta
 Por entre un turbión de deshechas alas,
 Por entre un dilatado pánico de estrellas.

El viento negro, el viento mendigo nos hurta monedas de
 clamores
 Y nos deja haraposas soledades
 Y solitarios amores de miseria.

...Al viento lóbrego confío en la noche amortecida
 Mi carne escéptica y mi sueño,
 Mi angustia y mi canto.

AHORA SOY NO MÁS el joven luctuoso
 Que en la noche sin límite se pierde,
 Ahora soy no más el joven luctuoso.

Van delante de mí sombríos pasos,
 Pasos sin dueño y voces no emitidas.

Perros de luna ladran a las tierras ocultas
 Por submarinos soles bañadas.
 Perros de lunas de invierno maceradas.

No distingo mi sombra dentro de mí acurrucada
 Y en los espejos de la distancia

Mis pies resbalan taciturnos y miopes,
 Caídos de un sediento mundo
 Escapado de las manos de Dios.

Pero ahora soy no más el joven luctuoso
 Que pule el marfil de su actitud no esperada,
 Del dolor huésped desventurado,
 Amargo y silencioso como árbol sin raíces
 Apenas por las espaldas de contrarios vientos sostenido.

He perdido mi país de nubes,
 Mi pañuelo de expertos adioses,
 Mis lanzaderas de golondrinas,
 Mis manos calladas,
 Mis carabelas,
 Mis alas.

He perdido mi país errante,
 Y ahora soy sólo el joven luctuoso
 De la noche desdeñado,
 De la luna, de la sombra, de los sombríos huertos,
 De los fúnebres jardines, de las negras fuentes,
 De los pálidos pozos, de las lentas estrellas,
 De las tiernas guirnaldas, desdeñado.

¡Dónde mis pies! ¡Dónde mis alas!
 ¡Dónde mis risas tempestuosas! ¡Dónde mi silencio
 De tétrico doncel desvariado!
 (Narciso, ya serás
 Bosque de sauces a la orilla
 Del gran río del llanto.)

Ahora me ladran perros de emigradas lunas,
 Ahora me huyen los fantasmas cotidianos
 Y las campanas, ahora me huyen.
 Porque soy el joven luctuoso.
 Porque soy el portador de las lágrimas perdidas,
 Porque he perdido las islas del día,
 Porque he roto los cauces de la noche
 Y los diques del llanto,
 Porque he destrozado los puertos
 De los oscuros litorales de la vida.

Porque soy no más el joven sombrío
 Ebrio en los laberintos de su luto,
 Vino negro, viento negro, negro abrazo del cielo negro,
 Luctuoso y sombrío como los perros sin luna,
 Como las abandonadas lunas sin tierra
 En las órbitas de la angustia perdidas.

TENDIDO ESTÁS, isla inmóvil

Ya en la densa mar del tiempo.
 Los riachuelos azules de tus venas
 Se desperezan sin rumor por los cauces de piedra de la
 muerte, húmeda lava de la muerte.

Sobre tu pecho,
 Pálidas manos decaídas, sin voluntad de alas,
 Custodian las puertas del sueño.

Última luz de mayo

Acunan almohadones de sombra en tus ojos,
 Abiertos ya del otro lado de la vida,
 A lunas de tierras extraviadas,
 A estrellas fugaces de cielos del todo nuevos
 Para tus ojos de recién llegado a otra vida.

Isla intacta —equilibrio intemporal, dichoso aplomo—
 Una onda de lágrimas,
 Una espuma de plegaria,
 Una herida ráfaga de sollozo
 Acuden a tus costas, nimban tu contorno.
 Balandros de flores naufragan en tus orillas.
 Pero ya la sorda corriente de la muerte
 Tus raíces de profunda tierra taja
 Y a impenetrables mares de soledad te arrastra.

Tibia corona de laurel antiguo,
 Mi abrazo quiere ceñirte,
 Tibio beso en la frente helada, quiere detenerte.

Tu escolta de cirios lacrimosos
 Sondan la sombra de las escalas de tu viaje.
 Vestido ya de negro y plata,
 Viene a besarte el viento de las estrellas de la calle.
 Viene de tus mundos perdidos
 Una voz que sólo tú oyes
 (En su prisa nos atropella
 Hace temblar los cirios veladores;
 Se arrodilla a decirte adioses
 De tus cosas estremecidas, huérfanas
 De tu tutelar amparo, de tu sosegada pertenencia huérfanas.)

Las ojeras de la aurora
 Tu palidez espacian, pronuncian tus perfiles, y te haces más isla,
 más isla,
 Más mundo que desaparece,
 Más propiedad irrescatable
 De las enemigas manos de la muerte.

Un silencio de flor
 Encristala la anchurosa luz de tu semblante.

YO NO SÉ POR QUÉ LLORO, si tú descansas.

De tan grande que era, de tanto cielo que atesoraba,
 El corazón no te cabía en el pecho,
 ¿Cómo iba a caber en el mundo
 Un corazón que no cabía en tu pecho?

No tiene sentido que te llore,
 Si estás en la luz disuelto,
 En su intimidad incorporado,
 En su novedad identificado,
 Si en el agua me miras con ojos de sumergida diafanidad,
 Si en el viento se renuevan tus palabras leales,
 Si en la noche navegan tus pasos junto a mis pasos, bajo tempestades de estrellas y de apóstrofes,
 Si en tu sueño mismo, sin fondo, sin contornos, mi mano exasperada
 Ase con pavor y daño fervoroso las hundidas raíces de tu ser,
 Si en el río de mi sangre caen, copiosas de eternidad, tus amapolas.

No tiene sentido que te llore,
 Aquí, bajo el gran viento negro.
 Mis ojos ignorantes, sin embargo, en ráfagas de lágrimas.
 Mi corazón desquiciado, sin embargo, en nudos de angustia.

Soy el culpable de mis lágrimas y en ellas naufrago,
 Abandonado a los caprichosos itinerarios de las ondas del llanto.

Castígame con impulsos de frío reproche y de luz airada
 Porque rompo la obediencia a hostiles destinos,
 Contra las benignas normas de tu estoicismo alzado,
 Y porque con torpe mano quiero detener tu marcha de luz, castígame.

Yo no sé por qué lloro, si tú asciendes,
 Pero me falta el jarro de flores olorosas de tu corazón.

Yo no sé por qué lloro.
 Por escalinatas de estrellas va tu ser emancipado,
 Y yo soy apenas el esclavo medroso que de lejos, tu huella desvanecida sigue, en estelar espanto desvanecido.

Seca el manantial tenebroso de mis lágrimas,
 Apaga el hervor de mi sangre,
 Ciérrame los ojos ensombrecidos,
 Apriétame los labios de ansia y de blasfemia,
 Y entonces sumisamente, bajo las lunas nuevas seré el camino de
 tu recuerdo,
 Invocaré tu nombre despojado,
 Cantaré tu alabanza de bondad y dulzura,
 Y diré a tus hijos que no has muerto,

Que eres la perfecta luz de una presencia al ojo negada,
Al alfanje del dolor invulnerable,
Pálidamente silenciosa.

Que descansas del mal de la vida, en fin, y a la dicha te elevas
purificado,
Dignidad de acero y terciopelo;
Que tu corazón desorbitado ya en el espacio se amolda;
Que un día, en el mar de las estrellas confluirán los ríos
desiguales de nuestro viaje.

No tiene sentido que te llore,
Aquí, bajo el viento negro,
Cuando es mi corazón, tan sólo, el que ha muerto.

FIGURAS EN LA ARENA

[1930-1939]¹ (1941)²

¹ Brañas fecha algunos poemas entre 1929 y 1939, pero no lo hace constar en la carátula interior como en otros de sus libros.

² Fecha de primera edición